

Recuerdo y retorno

Homero Moreno Arredondo

“...el símbolo expresa una idea y no es la semejanza de nada que se haya presentado a la facultad intrínseca del ojo. [...] Lo que se ha dicho hasta aquí es para disipar la noción de que al estudiar el simbolismo estamos dejando la vida detrás de nosotros; al contrario, es precisamente por medio de símbolos como *ars imitatur naturam in sua operatione*, y cualquier otra ‘imitación’ es idolatría.”

Ananda K. Coomaraswamy, “El árbol de la vida, el loto de la tierra y la rueda de la palabra.”

Hemos abordado el estudio y quehacer del arte tradicional como un “*pre-texto*” para el desarrollo y aplicación del símbolo desde la concepción de la tradición unánime o *philosophia perennis et universalis*. El arte, o cualquier otra actividad, no son “entes aislados”, de ahí que propongamos implícitamente, entre otras cosas, un humanismo –para rescatar los parámetros académicos– abocado y orientado hacia una concepción de alcances verdaderamente espirituales. Comprender ese ejercicio implica que todo arte sagrado, con sus sustancias y esencias, deriva de una Verdad y de una Belleza espiritual.

Ello supone igualmente no permanecer exclusivamente en la concepción de la temporalidad y sus “demostraciones” ya que, de lo contrario, no se podrá penetrar en los principios de lo metafísico y de su lenguaje ideal y que le corresponde desde siempre: lo simbólico. Aunque tampoco se trata de “rescatar” un “símbolo” desacralizándolo, ya que esto sería vaciarlo de todo su verdadero sentido.

Un verdadero *humanismo*, para poder llamarse tal, debe necesariamente salirse de lo cambiante, lo sensible, la moda, el lujo, lo mediático y lo meramente utilitario; ha de esquivar los deseos del individualismo y del mercado, retomando a la ciencia tradicional y sus principios espirituales con toda la capacidad intelectual que ello implica. Por ende, es necesario entender y aplicar la intuición intelectual

como un soporte valiosísimo para abordar lo supraindividual y no quedarnos en el referente inmediato.

Dentro de la gama de acción que todo ello requiere, la filosofía y su forma de expandirse y crecer, así como el quehacer y la apreciación del arte no deben de ubicarse en el resultado de un placer presto y sentimental. “Hay dos modos distinguibles de decadencia en el arte, uno que corresponde a una sensualidad disminuida, el otro que refleja, no un apego animal a la sensación, sino un refinamiento senescente.”¹

Es por ello necesario recuperar el sentido intelectual de la doctrina que le corresponde a Occidente. Cuando lo intelectual se denigra o rebaja se pasa inmediatamente a un ámbito sentimental-emotivo y con este, muy de la mano, a un plano moral-ético o a un humanismo meramente pragmático. Las teorías personales de los filósofos se prestan a que esto se suscite. Ahora ocurre que hay tantas “verdades” como cabezas en el mundo: ¡ello opera contra toda lógica! Hemos confundido la tolerancia con y de las personas (lo cual es importante) con ignorar la sin razón y el absurdo de sus ideas (lo cual a veces es innegable).

Más allá de todas estas divergencias la Tradición primordial o filosofía perenne se ha mantenido como el legado vivo en y de todos los tiempos. El mundo de principios del siglo XXI precisa *re-conocerla* y abrirle espacios francos en los distintos ámbitos del quehacer del hombre, pues en realidad nunca ha dejado de operar. Por otro lado, tal reconocimiento o no, no la disminuye ni un ápice. De lo que se trata es de rescatar, entre otras cosas, las tradiciones y utopías de todos los pueblos para percatarnos que no son imposibles de realizarse: no todo puede ser negocio e industria.

Es preciso utilizar las potencialidades del ser humano en busca del perfecto “objeto” anhelado, en este lance la filosofía perenne es el vehículo excelente... no

¹ Ananda K. Coomaraswamy, *La transformación de la...* pp. 26-27.

obstante nótese que hemos dicho vehículo, por ende una vez cumplido su propósito, necesario se torna desecharlo. Efectivamente, en aquel *no-tiempo* y *no-sitio*, en aquel momento que no precisa ningún qué o cómo, se abandona todo. Se ha encontrado, y en ese preciso instante, nos percatamos que no se requiere vehículo sino más bien una morada, un techo, la construcción ideal. El edificio o la construcción que se levanta pauta tras pauta, efectivamente, haz con calma lo urgente, *festina lente*.

Es precisamente el *Taller del Alma*, donde encontramos la construcción siempre viva y vigente, donde la divinidad habita, aquella que no tiene paredes, puertas ni ventanas, ni techo o domo, simplemente es desde siempre... permanentemente ha estado ahí. Es la morada del cosmos en el hombre, es la casa de Brahma, es el Corazón de Cristo. La imagen viva del Todo, donde la bóveda celeste cubre, la tierra alimenta y en medio el hombre habitándola... allende de toda imagen y de todo símbolo: la Eternidad: “Dios es la eterna, inmensa e incomprensible unidad que se manifiesta en sí misma, de Eternidad en Eternidad.”²

El taller del alma contiene el cosmos entero representado y contenido en su morada, donde los elementos simbólicos (instrumentos, herramientas y demás) descansan esperando ser retomados y comprendidos para revelarnos sus principios tan ricos y variados. Esos instrumentos utilizados por el artista-artesano están colmados de significados simbolizados por su misma sustancia y esencia, su manejo implica un conocimiento de este significado y de los atributos de cada uno. Estos instrumentos, en su justa medida, implican un saber del cosmos y por ello mismo constantemente se les identifica con ciertos atributos divinos, el instrumento mismo se torna símbolo efectivo de aquello que se transmite. Somos efectivamente, instrumentos de Dios. Tenemos por delante símbolos de todos los tiempos y lugares para ser renovados y recreados, constantemente.

² Jakob Böhme. *La llave, Sex puncta*. Edición y traducción Diego Cerrato Barragán. Manakel, Madrid, 2007, p. 65.

No obstante, y para no confundir al símbolo con lo simbolizado es primordial tener siempre presente que el conocimiento *Principial* y Único –del que el símbolo por más ejemplar que sea es sólo un vehículo práctico y operativo– y que en tanto: Belleza, Verdad y Único, no *intervendrá* de manera *directa* en ejecución tal, aunque sea su *Arquitecto*. Pues decíamos, lo *Principial* y Único no tiene semejanza ni representación alguna.

No por ello hemos de olvidar el origen del símbolo y sus múltiples interpretaciones que nos ofrece en una u otra cultura, doctrina o religión. El símbolo escapa a todo sistema y se nos presenta como el verdadero manantial de sabiduría de todos los pueblos,

...estas interpretaciones múltiples forman parte del carácter propio del símbolo; en esto reside su ventaja con respecto a la definición conceptual. Mientras que esta última integra un concepto dado en un contexto lógico y por consiguiente lo determina en cierto nivel, el símbolo, en cambio, permanece abierto, sin que por ello sea impreciso; es ante todo una <<clave>> que da acceso a las realidades que están más allá de la razón.³

Todo arte y toda actividad superracional del hombre, en una sociedad o conjunto de hombres o individualidades (en el amplio sentido de la palabra), y ubicada en sus capacidades verdaderamente intelectuales, tiende a comprenderlo todo *por y en* el Todo. No es una suma de factores ni siquiera que las partes sean el Todo sino que los alcances del espíritu se unifican con el alma, de ahí en escala con la psique y con el cuerpo. Por demás, cualquier división del Ser y, con más peso, del No ser; es mera ilusión, un recurso de nosotros los mortales, para tratar de explicarla y entreverla.

³ Titus Burckhardt. *Ensayos sobre el conocimiento sagrado*. José J. de Olañeta editor, Barcelona, 1999, p. 62. Vale la pena recordar que tanto Guénon como Coomaraswamy afirman que el lenguaje de la tradición no es infrarracional o irracional sino superracional.

El ser humano es inherente al Ser y de ahí que todo verdadero humanismo sea en realidad divino (bien podría existir en las universidades de todo el mundo, y con toda justicia, un postgrado de la *Filosofía Perenne*), abordado y entendido así toda actividad consiente se ejecuta con arte. *Arte-contemplación*, en su concepción, realización y ejecución en un mismo propósito. Somos artistas en el momento mismo que comprendemos y realizamos nuestro sino. ¿Quién podría atreverse a decir que una mujer triqui, p. e., no es toda una artista al elaborar sus huipiles? O un monje al realizar sus meditaciones, el brahmán al enseñar a sus discípulos, y ni que decir de las organizaciones iniciáticas al ejecutar los rituales predeterminados. Necesario e indispensable es primero desaprender nuestros viejos parámetros mentales, para sólo así posteriormente aprender a contemplar: vaciar la copa.

Sinergia (*synergoi*) en su punto más elevado es la reunión de toda aparente oposición, en un cierto nivel, el ego sirve al Sí mismo y esto no es otra cosa sino un acto de suprema libertad. “El arte [tradicional, agregaríamos nosotros para evitar equívocos] clarifica el mundo, ayuda al espíritu a desapegarse de la multitud turbadora de las cosas para remontarse hacia la Unidad infinita.”⁴ Donde, como ya expresábamos, *logos* y *techne* se reúnen con *Sophia* y efectivamente Sabiduría es uno de sus nombres. Incluye habilidad y ciencia tradicional, inteligencia e intuición, misericordia y rigor, fundamento y efectividad. La Sabiduría inmanente en el arte encuentra su recipiente en el demiurgo ejecutante y por semejanza, aunque también por participación, se sabe uno con esa *creatividad-creadora*, donde su *re-creación* se reúne con la gran obra. Como podemos entender, en realidad no es la utopía de nadie, ha estado permanente y vigente en todos los tiempos, es más bien ciencia tradicional con un lenguaje simbólico y por ello mismo real y de todos los sitios.

⁴ Titus Bureckhardt. *Principios y métodos del arte sagrado*. José J. de Olañeta editor, Barcelona, 2000, p. 10-11.

Siempre se sabe para quién se trabaja ya que es *siempre* a su nombre que todo arte y ciencia tradicional se suscitan. Efectivamente los muertos entierran a sus muertos, el hombre nuevo deja al viejo, el héroe se despierta del largo sueño del olvido; se encara la vida pues se ha recordado el origen, el de él y el de todos. Vivenciar en ese íntimo sitio –apartado al mismo tiempo que cercano– la presencia de los símbolos para renovarlos y perpetuarlos. Hay un continuo en la línea doctrinal, eso es notorio y de ahí que nuestros ejemplos de arte, entre otros miles, den fe de esa transmisión vívida y palpitante a pesar de los pesares y que continúa tan fresca y nutrida como en el principio de los tiempos.

Era para estas alturas que deseábamos guardarnos una reflexión que quizá, ya sea más que notoria para algunos. Tomamos a la vocación con todo lo que ella implica de no siempre racionalista, aunque siempre sorpresiva, intempestiva, misteriosa, incoercible e imperativa. A nuestra manera de ver y para estos tiempos que corren, la *vocación* se equipara al alma, al guía de Luz, al ángel o Gloria como destino y como motivo central del arquetipo, la *Naturaleza Perfecta de Hermes*, y finalmente como el testigo fiel en el cielo, de aquella Balanza de lo superracional y suprasensible.

La individualidad en su sentido extenso y amplio aflora con la verdadera iniciación como un camino personal por ser de la entera responsabilidad de cada cual. “Esta transmutación es la alquimia del alma que tiene lugar cuando el hombre responde a su verdadera vocación. El modelo preexiste en la esfera original de la naturaleza eterna.”⁵

En ese juego muy en serio que implica el saber “balancear” los elementos aparentemente antagónicos del alma, el encuentro con la belleza, como testigo de la contemplación será igualmente el resultado de un símbolo en acción: la Balanza. Es ella, y no el hombre, la que puede atestiguar la capacidad, o no, de todas las almas para recibir esa belleza como teofanía por excelencia. Y saber

⁵ Jakob Bohme, *op. cit.* p. 139.

que ahí donde se encuentre “esa Balanza” *todo lo puede observar*, sobre todo al interior de cada cual.

Quando, pues, un obrero, fija la vista sobre lo que no cambia e inspirándose en un modelo tal se esfuerza en reproducir la idea y la virtud, hace necesariamente una obra bella, mientras que si al contrario no tiene miradas más que para lo efímero y trabaja teniendo por modelo algo perecedero, su obra carecerá de belleza.⁶

Aunque, y como bien dice Salustio, “querer enseñar a todos la verdad sobre los Dioses, a los insensatos, por su incapacidad de captarla les produce desdén, y a los buenos indolencia. El velar, en cambio, la verdad por medio de los mitos a unos no les permite desdén y a los otros les obliga a filosofar.”⁷ El alma del “hombre tradicional” continuamente está en esa búsqueda de su hombre interior y de su “razón de ser”: despertar para posteriormente emprender el vuelo.

Gilbert Durand⁸ expresa lo que podemos considerar el pensamiento y el “hombre tradicional” (como él refiere), donde anotamos con reserva sólo algunos puntos: nada del cosmos le es ajeno, el conocimiento tradicional es Uno, sus artes y ciencias (por ejemplo menciona Durand a la alquimia y la astrología) no se deben de reducir a simples recetas pues no lo son, hay una facultad supereminente que la tradición llama intelecto agente (o intuición intelectual como la nombra, en otro supra-nivel, René Guénon) y que es esa capacidad de leer el sentido de las cosas detrás de su imagen; más adelante nos dice, “El pensamiento simbólico es *gnóstico*, el pensamiento científico es agnóstico, no cree *sino* que ‘dos y dos son cuatro’ o, lo que viene a ser lo mismo, no cree sino lo que ve.”⁹

⁶ Platón, *op. cit.* “Timeo o de la Naturaleza”, p. 671.

⁷ Salustio. *Sobre los dioses y el mundo*. Introducciones, traducciones y notas de Enrique Ángel Ramos Jurado. Gredos, Madrid, 1989, p. 283.

⁸ Durand, Gilbert. “La figura tradicional del hombre”, en *Ciencia del hombre y tradición*. Paidós-Orientalia, Barcelona, 1999, pp. 40 y ss.

⁹ *Ibidem.*, p. 48.

Como vemos, contrapone un pensamiento cualitativo frente a otro cuantitativo... es evidente cual ofrece un mayor alcance. El filósofo Occidental dice Durand, está alienado entre una "unidad" vacía de toda vida y un saber heteróclito y temible; por el contrario el "hombre tradicional" "está apaciguado" por la certeza de la existencia del principio "unificador" o bien Único. Comenta un poco más adelante, "Su ética se inscribe en términos de florecimiento de la vida y no en términos de voluntad de poder."¹⁰ ¿Y, si no lo hubiese dicho él sería menos valioso lo que venimos argumentando? Agregariamos en todo caso, que además de que no se desea la dominación (pues ello es una mera ilusión), no se desea nada que no se posea de verdad (por el amor)¹¹ y que al no tenerse es imposible de controlarle, el yo o el ego vacío o exaltado no es más (nunca lo fue) la opción, todo se dirige hacia el Ser principal y no a un "ser" lógico aristotélico-tomista sino otro muy distinto y que continúa Vivo. "Tal es en definitiva el 'arte regio' del hombre tradicional, tan alejado en esto de los pragmatismos y los científicismos del rebaño de los no adeptos."¹²

Entonces, lo que tratamos de poner sobre el escrito, es que el taller del alma contiene un claro propósito, como el arte mismo debe de poseerlo, comenta Allerton Parker:

El propósito del arte ha sido siempre, y debería ser todavía, la comunicación efectiva. ¿Pero qué pueden comunicar, preguntan los críticos, las obras de arte? <<Permítasenos decir la penosa verdad>> contesta Coomaraswamy, <<de que la mayor parte de estas obras son acerca de Dios, a quien hoy día nunca mencionamos en la buena sociedad>>¹³

¹⁰ *Ibidem.*, p. 55.

¹¹ "Al igual que el amor es la realidad experimentada por el amante, y la verdad la realidad experimentada por el filósofo, la belleza es la realidad experimentada por el artista: éstas son las tres facetas de lo absoluto." Coomaraswamy. *La danza de Śiva*. Ediciones Siruela, Madrid, 1996, p. 39. Permítasenos agregar algo, es el "hombre tradicional", el único que ha arribado a esos tres deleites, pues su continua búsqueda del Absoluto le lleva invariablemente a pasar por las tres fases.

¹² Durand, Gilbert. *Op. cit.*, p. 60. Con las reservas del caso para con este autor.

¹³ Ananda K. Coomaraswamy. *¿Soy yo el guardián de mi hermano?*, (Introducción de Robert Allerton Parker), p. 6, en www.euskalnet.net. Queremos hacer un reconocimiento a la labor que viene realizando esta página de internet: silenciosa y discreta pero efectiva. Y que gracias a ella hemos podido tener acceso a las fuentes y a más de diez títulos del metafísico de Ceilán. Buena parte de la obra de Coomaraswamy está aún sin editarse en nuestra lengua.

Para hacer efectiva esa comunicación es evidente que se requiere más que un análisis y un discurso metodológico, el alma debe de apreciar y realizar con toda su potencia la expresión del arte tradicional, compenetrarse con esa otra alma que realiza o ejecuta la obra, sea del lugar que sea y del tiempo que sea, ya que los canales de comunicación se suscitan mediante un lenguaje no verbal y universal: el símbolo, el cual, recordemos, contiene variados elementos tanto el rito como el mito. “Esta filosofía tradicional del arte se integra con toda la filosofía tradicional de la sociedad humana.”¹⁴

Por eso hemos dicho, a lo largo de todo el trabajo, que el arte no sólo es la obra en sí o su proceso de elaboración. La actividad creadora *del* arte y *con* arte involucra la vida misma pues es a lo que se refiere, o al menos debería de referirse; por ello entendemos el estudio y la crítica del arte como parte de esa actividad creadora, “El crítico, cuando tiene que exponer algo, ha de defenderse, pero no puede llevar a cabo la defensa a través de la argumentación, sino únicamente creando una nueva obra de arte: la crítica.”¹⁵ Y ese lenguaje de verdad que se sustenta en uno pero no siendo propiamente de uno sino de la tradición y sus ricos componentes, entre otros, el de un lenguaje *simbólico-sintético*.

Diremos nuevamente que el objeto de una obra de arte cumple con todos sus cánones si realiza la tarea para la que fue creada, “es bueno el arte que es bueno en su género, sin olvidar que en el sentido más estricto de la actividad estética interna y completa la belleza es absoluta y no puede tener grados.”¹⁶ Es decir, el arte es bueno cuando cumple el objetivo para lo que fue concebido, primeramente, y en segunda instancia, como fue plasmado.

¹⁴ *Ibidem.* p. 7.

¹⁵ Coomaraswamy. *La danza de...* p. 49.

¹⁶ *Ibidem.* p. 47.

Alcanzar a observar esa Belleza en sus distintas expresiones es una tarea de la contemplación, del saboreo... como en un acto de amor y *re-conocimiento*, nos libramos de nuestra pobre visión individualista (pueblerina decía Coomaraswamy) y al mismo tiempo recobramos nuestra unidad. La belleza entonces se presenta con diferentes formas pero nunca en diferentes grados: la colosal Coatlicue o la contundente *Śiva* (Shiva) danzando, los magistrales vitrales góticos o los soberbios íconos bizantinos, por sólo mencionar otros ejemplos más. “Esto es posible gracias a que todo forma parte de un único ser indivisible: <<Si en una forma vemos belleza, es Su reflejo el que brilla a través de ella>>”.¹⁷ Parafraseando a nuestro autor, en el arte tradicional afortunadamente no existe el progreso.

Queremos dejar por sentado dos puntos finales simplemente para la reflexión, es decir, dejar abierto el “libro”. El primero, cuando pensemos y trabajemos en la “historia de los símbolos” y la “filosofía de la humanidad”, así como el acercamiento a cualquier otra área de la tradición como pudiese ser el arte –para ello, mucho más allá del tan afamado “dato duro”– es imprescindible situar el relato oral tradicional, pues toda fuente posible con que contemos ahora o en un futuro deviene de un registro que siempre será de más jerarquía y de más antigüedad que cualquier otra fuente escrita. Las continuas referencias “cruzadas” de fuentes varias que se utilizan en estos estudios tienen una buena explicación:

...tales citas como las que se han hecho aquí ilustran un simple caso de la proposición general de que difícilmente hay alguna, si la hay, de las doctrinas fundamentales de una tradición ortodoxa que no pueda validarse igualmente por la autoridad de muchas o de todas las demás tradiciones ortodoxas, o, en otras palabras, por la tradición unánime de la *Philosophia Perennis et Universales*.¹⁸

El segundo punto y para nada ajeno con esta reflexión, es que el primer paso para ponerse “manos a la obra” con y en la Filosofía Perenne es saber y

¹⁷ *Ibidem*. p. 51.

¹⁸ Coomaraswamy, *El cuerpo sembrado de ojos*. Ignitus ediciones, Madrid, 2007, p. 137.

estar conscientes de que en estos tiempos de continua exaltación del ego y de una absurda competencia por la originalidad; siempre será bastante complejo comprender que para poder tener el encuentro con el alma, con la belleza y con el arte tradicional se debe observar que,

Muchos de nosotros tenemos grandes posesiones, pero las más difíciles de abandonar son nuestra propia voluntad y nuestra identidad, pues ¿qué garantía tenemos de que el premio nos recompensará por los sacrificios? [...] dice Goethe: *La belleza se ha buscado en todas las épocas. / Aquel que la percibe se libera de sí mismo.* Así, la experiencia de la contemplación [...] nos da la seguridad de que el paraíso existe.¹⁹

En fin, que el trabajo es largo, de toda una vida, pero la recompensa es enorme, no pertenece al estado corruptible de la existencia. Aunque opera en este mundo no pertenece a este mundo. La labor de la llamada Gran Obra alquímica finalmente es ésta, recordar la verdadera naturaleza del espíritu y del alma, percibiendo directamente el cuerpo u hombre de luz. Y bueno, utilizando el argot alquímico podemos expresar que las bodas del Sol y la Luna o del Rey y la Reina o del Espíritu y el Alma; son la fórmula perfecta de la identidad sustancial y esencial. La buena nueva es que la muerte no existe tal y como la imaginamos en esta sociedad de consumo y con fecha de caducidad. La vida misma se regenera en cada instante: la manifestación de todo cuanto conocemos e imaginamos se disuelve continuamente en la No-manifestación y renace perpetuamente, en este preciso instante. Ciertamente nuestro ego relativo y contingente finalmente se disolverá en aquel mar de la Conciencia... pero, sinceramente... ¿a quién en su sano juicio le puede importar preservar su ego?

Somos símbolos en continua transformación en el saboreo de la contemplación. El oro primordial es luminoso y eterno. La verdadera comprensión purifica y sana el alma, y efectivamente como ya se nos ha dicho “la verdad os

¹⁹ *La danza de...* p. 110.

hará libres”,²⁰ es de suyo una frase que implica o contiene una cierta relación con lo que hemos intentado de exponer. La liberación de las cadenas del alma son las más sutiles pero a su vez las más difíciles de abrir, sin embargo no hay otra posibilidad, hay que alimentar el alma pues finalmente ella tiene toda la capacidad de sanarse, no obstante el proceso requiere una iniciación y requiere también sucesivas etapas que si no las comprendemos no podremos recorrerlas, “*Filivs Noster*” clama desde lo alto el Sol y la Luna.

Por otro lado, aunque no del todo distante, el concepto de filosofía que retomamos dista mucho de ser un sistema contemporáneo cualquiera que este sea, es más bien un ejercicio de contemplación y de quehacer con la Naturaleza.

Contemplación que implica un ejercicio activo e intelectual. Dicha actividad contiene “dos partes”, una vía es siempre externa; en tanto hay otra con cierta transmisión y que siempre permanece oral e interna, enseñanza que por cierto se recibe no sin arduos procesos y trabajos.

Festina lente, es lo que el filósofo ha de aprender después de varias lecciones de vida. Visto así, todo lo escrito es y será por definición, siempre inferior a toda ortodoxa transmisión oral. La primera es externa y pertenece al ámbito de las contingencias que, entre otras, dependerán del receptor, así como del tiempo y del lugar en donde se ejecuta o aplica; en tanto lo interno escapa a estos factores, siempre y cuando, el ámbito de dicha heredad sea el apropiado y pueda llegar a buenos términos y por el *Buen Consejo*, además de contar por supuesto, con los emisores y receptores adecuados.

La parte verdaderamente metafísica de toda doctrina tradicional será siempre inexpresable y misteriosa, y sin embargo, completamente real, de gran contundencia. Debemos de ir siempre más lejos que las “letras”, allá precisamente donde mora el alma y su enlace con el espíritu. La razón no estorba pero tampoco

²⁰ Cfr. Evangelio de San Juan.

es suficiente, hemos de ir tras lo imposible, aquello que exige todas nuestras capacidades y potencialidades: *aprehenderlo* y *comprenderlo*. Es, en otras palabras, la experiencia estética (el saboreo) de la Belleza y la Verdad. En todo esto la *intuición intelectual* se torna indispensable, unir efectivamente corazónmente, como desde siempre atestiguaban los pueblos más antiguos, pero, ¿quién realmente en estos tiempos es capaz de escuchar a su corazón? ¿Y si es el ego aquel que te habla?

Sí finalmente la divinidad coexiste en todo, y si es sólo por medio del Ser que podemos Conocer, entonces el reto es trazar un radio ascendente donde las apariencias y los opuestos se vayan reconciliando. No obstante no se trata meramente de encontrar un “punto de equilibrio” entre los extremos de los platos (como ya habíamos advertido), sino una vez hallado ese punto encontrar el que le es completamente opuesto en una escala u octava más arriba, ese es todo un verdadero arte. Es decir, las discordias o notas no armónicas se conjugan en una armonía dominante. Cualquier “ruido” que se escuche en el mundo de lo finito y contingente, tiende a coincidir con un armónico en lo verdaderamente infinito, con la sola y única armonía y consonancia dominante.

Es cierto, la causa Suprema está más allá del número, la forma, la letra, el color, la palabra o la nota o de cualquier otro símbolo; pero siempre primero hemos de conocerlos para percatarnos de ello. Lo múltiple es de este reino, pero sucede que vivimos en este reino... al menos esto implica el primer aprendizaje; en tanto, la no dualidad es inmanifestada. Esta no dualidad no acepta representación alguna, ni personificaciones ni vanidades, tampoco adoraciones ni idolatrías, ni fanatismos ni siquiera dogmas; implica un camino donde el intelecto y el alma le honren de la mejor manera que pueden hacerlo, conociéndolo.

Hasta el más encumbrado de los seres tiene sus permanentes luchas de opuestos, contradicciones, vacilaciones y dudas. Ya que aquel sitio donde no existen tales factores, es aquel que no es del mundo y sin embargo está en el

mundo, es decir, aquel que ha sido liberado. Es necesario “defender” la “coincidencia de los opuestos-complementarios”, así como tratar de comprender las aparentes paradojas que ofrece cualquier doctrina ortodoxa y saber librarlas, conjugarlas y asimilarlas en una Unidad que cada vez se parece y acerca más. Sin embargo, y en tanto eso sucede, es necesario “batallar” y “combatir” (como Gilgamesh y Enkidú, o Aquiles y Héctor, o en nuestra lucha interna del *Vitriolum*...); por ende no hablamos de un “camino de pétalos de rosas”, es la enseñanza del Jano bifronte, pero también del punto metafísico del Crismón o el hallazgo del eje mercurial en el jardín de Venus.

Nada está dicho, todo está por hacerse... efectivamente la meditación y contemplación con y del símbolo se realiza de modo ritual e iniciático, y es sólo así que se hace posible la transmisión y herencia de la enseñanza tradicional y del Conocimiento, donde en paralelo corre siempre la influencia espiritual, trabajo de anónimos e iniciáticos héroes... pero de ello no hemos dicho casi nada en este trabajo, y es mejor guardar silencio ante el mundo profano.

Es una tradición que siempre ha permanecido y está viva, a pesar de todos los pesares, y sobre todo a pesar de los tiempos que nos ha tocado vivir. Piénsese con detenimiento, creemos obrar en nuestra calidad de “seres libres” sin escuchar el Buen Consejo, sin contemplar la Belleza o escuchar a la Verdad. Suponemos que toda certeza procede de uno y que la belleza y verdad son relativas, es lo que nos han dicho y repetido hasta el hartazgo. Cada cabeza está perdida en su prevaricación, pero el Alma trabaja, siempre, desde un no tiempo y sin descanso, esperando encontrarse de vuelta en su taller, de donde nunca jamás en realidad ha salido, sólo que háyase en el olvido: confundida y perdida... pero siempre hay recuerdo y por ende un posible retorno.